

**Todo lo que era aire se disuelve contra lo sólido**

## **Eurocopa 2012, quijotismo y crisis española**

Germán Labrador Méndez

La noticia de que el gobierno español había solicitado formalmente al Eurogrupo el llamado *rescate* explotó horas antes del primer partido de la selección nacional en la Eurocopa. Por si esta planificada coincidencia no bastase, Rajoy quiso subrayarla acudiendo al campo en persona. Con tal acto se hacía explícito que el fútbol iba a operar como telón de fondo fantástico de todo el teatro que ejecutó el gobierno de la nación en el verano de 2012, simbolizando ante su ciudadanía el traspaso oficial de soberanía al capital global.

Telón de fondo fantástico sí, pero también quijotesco, porque el fútbol mantenía una correlación excesiva con las fantasías y mecanismos de la España de los 2000. Los éxitos de la selección en 2008 y 2010, tras décadas de mediocridad y frustración, se interpretaron como el reconocimiento simbólico de la pujanza económica y geopolítica de una “marca España” que, en el año 2008, todavía se veía como “la octava economía del mundo” y, poco antes, se presentaba como la del “milagro español”. En junio 2012, en lógica zodiacal, mientras se quería ensombrecer la truculenta secuencia del *rescate*, se buscaban augurios de los destinos nacionales en la suerte de la selección en la Eurocopa. Así, no fue un intento de ofrecer espectáculo en vez de crisis (*circo en vez de pan*), sino la propuesta de interpretar la crisis desde el espectáculo (*¡el pan que habla!*). Lo que habría de comenzar como una analogía (*así en la realidad como en el fútbol*), acabaría sucediendo como una fábula: *en el fútbol aquello que en la realidad nos niegan*.

Si el escritor Juan Villoro analizaba el deporte (espectáculo) como “*versión incruenta de la guerra y refutación simbólica de la economía*”, en la España de la crisis es la economía la que quiere presentarse como una versión incruenta de la guerra, mientras que el deporte comienza a funcionar como una refutación económica de lo simbólico. Nada expresa mejor la configuración infraestructural de los años del *boom* español que la organización del fútbol como esfera, y quizá sólo su complejidad explique un juego a su vez fluido, prodigioso. El fútbol, fábrica de pasiones nacionales, expresó, acelerando, la estructura rectora de la economía y la arquitectura fantástica de la nación. Así, por ejemplo, la recalificación de los terre-

“Durante las dos primeras semanas, sólo los turistas, los camareros, los vendedores y músicos ambulantes e indigentes llevaban camisetas de ‘La Roja’...”

nos de la ciudad deportiva del Real Madrid permitieron en 2004 la construcción de los rascacielos del Cuatro Torres Business Area, *skyline* de la capital neoliberal, en la que coincidieron bancos y fondos de inversión, políticos y arquitectos estrella, tramas corruptas y agencias inmobiliarias. En la figura de Florentino Pérez confluyen fútbol, política, marketing, *mass media*, las grandes empresas de infraestructuras y las inmobiliarias. Son años resolviendo una misma ecuación con permanentes beneficios: especulación financiera-inmobiliaria,

reparto privado de plusvalías y deuda pública. La antigua “primera división” de la liga española hoy tiene nombre de banco.

El corazón monetario del mundo español de los 2000 está atado por densidad de lazos sanguíneos con esos equipos de ensueño, de futbolistas prodigiosos y juego visionario, que cristalizan *mitopoéticamente* en una selección nacional versátil y sofisticada, de jugadores con un sentido comercial de su imagen y un aura que entremezcla perfil chico de barrio, movimientos de videojuego e icono cosmopolita. Mientras la estructura del mundo de los años 2000, que hizo nacer equipos y jugadores como éstos, se disolvía en el aire, quedaba entre nosotros su selección intacta, como un enigma póstumo, o como un pollo que corre sin cabeza.

Hay algo misterioso en la experiencia estética de la crisis española: que ésta no se relaciona todavía con un imaginario de escasez y pobreza, condiciones existentes pero todavía invisibilizadas, sino con los símbolos del período expansivo anterior, los de abundancia y riqueza. En Madrid, barrio de Tetuán, en el año 2008, había ya ancianas buscando comida en la basura, porque su pensión no daba de sí lo suficiente. Ello era invisible, por ser traumático, para un país, España, cuya imaginación democrática se basa en dos ideas: ser un país cohesionado de clase media urbana y estar homologado respecto de cualquier otro país europeo.

La pobreza, en la España contemporánea, ha sido y es *insimbolizable*. Por ello, la manera de explicar la temporalidad de crisis consiste en enumerar la desmedida acumulación material de bienes de la última década, que todavía duran. Ayuntamientos, bancos e inmobiliarias se endeudaron irresponsablemente, pero ahí quedan todas las cosas compradas en los años de bonanza. En el caso de Bankia, mientras la soberanía nacional se vende para evitar que sus accionistas prioritarios pierdan su dinero, todos los bloques de casas que expresaron sus activos están allí, igual que las líneas de alta velocidad, las autovías privadas de peaje, los aeropuertos sin aviones en Ciudad Real, el puerto deportivo de Valencia, las Ciudades de la Cultura, los estadios de fútbol de Norman Foster, los rascacielos, los parques temáticos... Elefantes blancos de los que no puede pagarse ni su mantenimiento. Aquellas *cosas* usadas para expresar relaciones de valor, ilimitados sueños de progreso, las marcas del paso de los flujos del capital global en este país siguen allí,

desprovistas de valor de cambio y repletas de valor de uso. Resultan enigmáticas por eso mismo. Condenadas a ruinas cuando están todavía pendientes de estrenarse. ¿Sería la selección nacional una de esas cosas? ¿En qué sentido sería capaz de expresar el cambio de temporalidad que se ha vivido?

“*Demostremos a Europa de lo que somos capaces cuando estamos unidos*”. Ese era el título de un anuncio de Coca-Cola de finales de mayo, de sintaxis bipolar. Primero *imágenes de la crisis*: edificios de viviendas sin concluir, titulares con los cinco millones de parados y la subida de la prima de riesgo, vídeos de la huelga general... Después un canto a la esperanza: mientras los aficionados de la selección rompían periódicos, el anuncio les informaba de que forman parte de una activa sociedad solidaria, líder mundial en donación de órganos y sangre. El triunfo de lo inmaterial sobre lo material, de la moral sobre la economía, anticipaba la necesaria victoria final, cuando *la magia de “la Roja”* y *la magia roja de la Coca-Cola* se fusionarían, expresando, frente a la Euro(co)pa del capital y los mercados, la *natural* superioridad emocional de la nación y de su *ethos* pasional, idealista, que haría desaparecer *mágicamente* los problemas relacionados con la estructura económica de un mundo con pocos soberanos y muchos intervenidos (tomando el título de Joan Garcés).

Parecía activarse en lo simbólico el viejo conflicto entre la “antigua nación espiritual” y las “modernas naciones materiales”, mito que, en 1898, construyeron los publicistas españoles para enfrentarse a la expansión de Estados Unidos sobre los últimos restos del imperio: Cuba, Puerto Rico y Filipinas. “*Deseo que ganéis porque los españoles necesitamos una alegría en tiempos tan complejos. El triunfo de la Selección sería un subidón de moral para España entera*”. Con esas palabras despidió Mariano Rajoy a “la armada española”, como un general absurdo que envía a extraños soldados a una muy rara guerra.

## **La crisis y su experiencia estética**

Para alguien que llevase meses fuera, pasear por Madrid en esos días de junio era extraño. Se veían con claridad los avances físicos de un proceso de evaporación de *las cosas*, donde se disolvían en lo sólido aquellos signos que caracterizaron el periodo anterior de expansión y triunfo, dejando nada, dejando *la nada*, en su lugar. Los locales vacíos, vaciados, en todos los barrios, y también en el centro, llamaban la atención. Escaparates que anuncian que ya no hay nada por dentro. Entre ellos destacan las sedes de sucursales bancarias de pronto clausuradas. Pensando en Zizek, parecían una poderosa metáfora de lo sucedido: mantenían sus logos, su apariencia de bancos, sus símbolos, pero se puede ver perfectamente a través de los cristales que dentro no queda nada, que todo lo que contenían se lo llevaron a otra parte y, sobre todo, que lo que no hay dentro es dinero.

No sólo cierran sus sedes, los bancos también cierran los pisos que poseen. *España, ese país de casas sin gente y de gentes sin casas*. Y, en efecto, las ciudades están pobladas de cientos de miles de viviendas sin nadie en su interior, mien-

tras sigue creciendo el número de hipotecas que no se pagan y, con él, el de desahucios. Otra imagen dialéctica: las puertas de esas viviendas tapiadas con ladrillos por los bancos, viviendas vacías, que han arruinado cada una a una familia y entre todas a un país, pero en las que no puede vivir nadie, ni valen para nada. Viviendas vacías cuyo interior no puede verse se relacionan poderosamente con sedes vaciadas cuyo interior se enseña que está hueco.

Los súbitos vacíos hablan de una súbita nueva experiencia estética de la ciudad, en la que los símbolos del *boom* se han convertido en señales de la crisis: son lo mismo pero ya no lo significan. La multinacional sueca IKEA fue uno de los pájaros del rinoceronte en los años de expansión: hacían falta cientos de miles de sillones *poang*, mesas *bjursta* y camas *malm* para amueblar los cientos de miles de apartamentos que se compraban y vendían al mismo ritmo creciente con el que abrieron sus diez sedes peninsulares. IKEA entonces, 2007, prometía que te ayudarían a fundar la “*república independiente de tu casa*”. En julio del 2012, IKEA promociona sus baratos complementos bajo el rótulo de “*tu revolución empieza en casa*”, y sus sedes se han reconvertido en comedores sociales, debido al bajo coste de sus restaurantes, donde una familia puede comer albóndigas por un euro. Desde Madrid hasta Pontevedra, lo único que hoy abren son tiendas de empeños, con hombres-anuncio que gritan “*compro oro*”, invitando a vender la última pieza de valor, el anillo de boda, las medallas de la madre, las riquezas más íntimas, que encuentran su contrapunto para lo público en los recortes masivos en sanidad y educación.

Pero también hay otro lenguaje. En las avenidas principales de Madrid, entre la nueva indigencia y los nuevos lugares del vacío, la ciudad es ocupada por otros fantasmas. Los del aniversario del movimiento 15-M. La racionalidad de las propuestas expresadas un año antes (inhabilitación de políticos acusados de corrupción, mecanismos de control democrático, transparencia en el gasto público, lucha contra el fraude fiscal, banca pública, racionalización del *stock* de viviendas, etc.) encontró una falta total de escucha. Los representantes políticos no sólo no hicieron caso, sino que hicieron justo lo contrario. En el entretiem po, la represión policial aumentó duramente. El 31 de diciembre de 2011 se licitó la compra de un millón de euros en gases lacrimógenos. Desde 2009 seis personas han perdido un ojo y una ha muerto este año por disparos de balas de goma. Se limitan los derechos de reunión y manifestación. Se multiplican las denuncias de agresiones policiales.

Las sucursales vacías se pueblan de carteles y de anuncios varios. Los fantasmas del 15-M están en sus escaparates. Translúcidos, nos hacen ver allí algo más que un interior vacío. Vidrieras con otros lenguajes, pasa la luz a través de carteles, pegatinas, panfletos superpuestos, medio arrancados, todavía presentes. También hay graffiti y fantasmas de graffiti en las paredes. “Qué pasa con mi beca”. “Ladrones”. “Madrid=Mordor”. “Fuego camina conmigo”. Inquietan esas pintadas desteñidas, fantasmales.

Esta experiencia estética de la ciudad en crisis, fantasmal, hace irreal el Madrid celebrativo con el que convive, el Madrid de las tiendas para turistas pobladas de camisetas y banderas de la selección, y los quioscos llenos de portadas rojigualdas. Es esa otra la ciudad que promociona marcas deportivas con anuncios de más de diez metros en Sol o vídeos en pantallas enormes en las sedes principales de los bancos en Gran Vía. La estatua del Héroe de Cascorro, soldado de la guerra de Cuba, lleva también su enseña. En las fachadas menudean las banderas rojigualdas, ventana con ventana con carteles de “se vende”.

*Pero no era la misma magia.* Este Madrid celebrativo tuvo poco que ver con la ciudad del mundial en 2010, infantil, compulsiva, eufórica. Había un vacío ahora. Algo tristón en el ambiente. Durante las dos primeras semanas, sólo los turistas, los camareros, los vendedores y músicos ambulantes e indigentes llevaban camisetas de “La Roja”, unidos todos ellos en el mismo circuito cromático, por una misma estrategia de submercado que organizaba el funcionamiento de las terrazas.

Alguien pintó un *graffiti* en una tapia con color violeta, el color que le falta a la bandera nacional para ser la tricolor, hoy el símbolo de una democracia por venir. Ese *graffiti* morado decía: *No a “La Roja”*.

## **La culpa mesocrática**

No se tardó en comprobar que la selección de fútbol no era ajena a la temporalidad de crisis. Acabó de confirmarlo un partido horroroso contra Croacia en la fase de clasificación. Porque no se trataba de ganar, sino de jugar bien, y esa plusvalía estética era lo único que podía levantar de nuevo el espejismo de la compensación moral simbólica de lo material político. “*Somos los únicos que no nos hemos abrazado al pasar a cuartos de final*”, se quejó el entrenador amargamente. Convocando el fantasma de la desunión nacional, Del Bosque protestaba ante las críticas recibidas frente al juego conservador de España, tacaño, austero, como las medidas del gobierno. Y recalcó: “*Hemos pasado de pobres a ricos rápido y no valoramos lo que tenemos*”.

Era una lección de economía moral para las masas. Frente a la seguridad patriótica del que cree merecérselo todo, Del Bosque nos traía la memoria de la escasez, del subdesarrollo. El discurso de la modernización pendiente, por fin satisfecha, ha sido clave en construcción imaginaria de la España democrática, y a menudo se señala que la España contemporánea ejecutó numerosos cortes identitarios (cortes de memoria) entre los cuales uno de los fundamentales fue el olvido de su historia de la pobreza, de la historia popular subalterna de la dignidad y la supervivencia.

Para entender algo de la crisis española hay que subrayar que las expectativas de un colapso nacional, de un retorno a la pobreza, estaban completamente fuera del horizonte colectivo a comienzos de este siglo. Para un español (y un europeo) medio, la pobreza, la crisis social, la inestabilidad política, es algo que les sucede a otros, algo propio de países africanos o latinoamericanos... La idea de que exis-

“...la España contemporánea ejecutó numerosos cortes identitarios (cortes de memoria) entre los cuales uno de los fundamentales fue el olvido de su historia de la pobreza..”

te un pasado distinto, que nos debería hacer pensar de otro modo, no ha sido muy popular en la cultura hegemónica de la democracia. Algunos escritores, como Rafael Chirbes, han hecho de ello precisamente la línea de fuerza de sus obras, como el ensayista Jorge Valadas para Portugal. Las artes performáticas interiorizan este colectivo retorno a los páramos, nos dice Del Bosque, y a una época de austeridad y recortes, le corresponde un estilo tacañ, rácano, grisáceo. Todo lo que cabe exigir al entrenador de la selección, como al presidente del gobierno, es presentar resultados, datos, un marca-

ador. No es cosa suya hacer feliz a la gente, ni satisfacer sus ansias de vivir en un mundo hermoso, aún durante el tiempo ritual de un partido de fútbol.

¿Para qué jugar a un juego, sea éste el del fútbol o el de las finanzas, el del capitalismo avanzado, si ni tan siquiera promete felicidad o hermosura? Del mismo *memento (recuerda tu pasada pobreza)* se desprenden valoraciones contrarias. Lo que se juega en estos meses últimos, lo que se juega ahora, a lo que jugaba del Bosque, es a la moralización de la crisis, de las derrotas. Se busca establecer los parámetros de lo que está bien y de lo que se hizo mal, los caminos de entrada y de salida. Y es que el “*hemos pasado de pobres a ricos demasiado rápido*” es uno de los eslogan que van constituyendo el fermento del “sentido común” sobre la crisis. Entre ellos, el más conocido y popular dice que “*hemos vivido por encima de nuestras posibilidades*”. Según este refrán, individuos e instituciones, quien más y quien menos, habrían consumido aquello que no tenían, hecho lo que no debían, y esperado lo que sabían no merecer, ¡y ya era hora de que fuesen castigados por ello! Uno se fue de vacaciones al Caribe, otro se compró un piso que no podía pagar pensando en revenderlo, el de más allá un Mercedes, aquel tenía tres tarjetas de crédito... todos culpables de soberbia, codicia, avaricia y egoísmo. Como la humedad, este discurso de la culpa colectiva va calando, ofreciendo una economía moral de clara matriz católica: todos culpables, en mayor o menor medida quizá, pero eso da igual, porque lo que nos iguala moralmente es la compartida condición de pecadores. La salida de la crisis pasa por arrepentirnos, aceptar la penitencia que unilateralmente nos impongan, y así alcanzar el perdón. En esta economía moral al gobierno le correspondería el papel de Santa Madre Iglesia, y a los mercados financieros, la Unión Europea y el FMI los de Santísima Trinidad.

Estas muletillas, es obvio, enmascaran la desigualdad estructural en la distribución de la deuda y el impacto de la política de recortes del gobierno. Cuando más de dos tercios de la deuda privada corresponden a las inmobiliarias y grandes empresas que cotizan en el IBEX35, resulta llamativo que se hable de pagar entre todos, pero no de las partes proporcionales del pago.

¿Pero, además, quién ha vivido por encima de sus posibilidades? La experien-

cia colectiva del *boom*, como la de la selección, como la de la crisis, atraviesan el cuerpo social organizándolo conjuntamente, y haciendo muy difícil reclamar un afuera. “No puede ser que hasta los tontos estuviesen haciendo dinero” decía una pija vasca en la discoteca *Pachá* de Nueva York. Para las élites sociales del país, la prueba fehaciente de que la coyuntura actual es una crisis moral colectiva, fruto de un pecado social nefando, reside en el hecho de que *hasta los tontos* se podían permitir viajes o coches que hasta aquel momento sólo *los listos* podían pagarse. La economía política de la crisis funciona como uno de esos juegos para los que los niños se entrenan y donde pierden los débiles: la patata caliente, la silla inglesa, el burro... todos juegan a lo mismo pero al final siempre hay uno, el *burro*, que se queda sin silla. Para perder da absolutamente igual que hubiese intentado sentarse en ella o no.

## **No country for Nobel Prizes**

Siempre hay un horizonte para la redención futura. En este caso, los mensajes de penitencia se acompañan de suaves cantos de salvación, desplazados a un futuro lejano, muy lejano “*Podemos*” era el lema obamaniano de la selección en el mundial de 2010, y esa idea sigue circulando como un *mantra*, afirmando hoy que, en la unidad y la voluntad compartida, y en el portarse bien, está la base de lograr futuros (y frecuentemente inmateriales) triunfos. Una nueva solución teológica: sólo es la *gracia* la que nos puede salvar de nuestras acciones. Y esa gracia está en relación con una imaginación de lo nacional muy particular: el quijotismo.

Uno de los partidos más nefastos de la Eurocopa enfrentó a dos versiones de la misma crisis europea: España contra Portugal. Retornaron todos los fantasmas del mal juego. La política de austeridad deportiva conducía a la parálisis: la falta de posesión de la pelota, que eso es el crédito, amenazaba con hacer colapsar el sistema de juego español. Al cabo, la eliminación de una de las dos economías deficitarias de la eurozona implicadas en el partido se decidió en los penaltis. En las redes sociales circulaba masivamente un vídeo con las reacciones al encuentro de un cierto periodista deportivo, Tomás Roncero:

Somos la selección española, que hemos recuperado el orgullo que habíamos perdido, como país, porque estábamos ganando la Eurocopa sin emocionarnos. [...] España, por su genética tiene que emocionarse. [...] Porque esa es la historia de nuestra España, vibrando, no de decir “todos somos científicos”. No somos gente que gana Premios Nobel. No valemos para eso. No tenemos voluntad, ni capacidad para estar todo el día machacando. No somos tan fríos. Nos dejamos llevar por las emociones, por el corazón. [...] Por eso estamos en la final de Kiev. Y con un par. Y los alemanes, ahora sí que nos temen. Porque ahora se ha despertado la España de verdad.

Vemos activarse aquí todo el programa ideológico residual del nacionalismo español, con una densidad preciosista de la que ya casi no tenemos memoria. Lo que para Roncero es el *ADN* de la nación, es, en efecto, un dispositivo cultural carac-

terístico de la modernidad española, que, ante el conflicto con una situación materialmente exigente, típica de los cambios fuertes de ciclo del capitalismo intervencionista, responde proponiendo una implementación simbólica, una hipercorrección imaginaria. Se trata de la quijotización: una fantasía colectiva que abre la lectura del presente en una clave identitaria, donde España sería un *país de la pasión*, y los españoles líderes mundiales del corazón. ¿Qué importa la densidad de lo sólido frente a los imperios del aire? ¿Qué importa la “pérdida” de Cuba, o la subida de la prima de riesgo, la corrupción política o la disminución de la esperanza de vida si se es el dueño de un imperio cultural de vastos horizontes, creador de una de las lenguas más habladas del mundo? Se trata de mitos nacionalistas muy arraigados, aquellos que argumentan a favor de una “España de verdad”, cuyas gestas pueden leerse en su “historia”, basada en la superioridad simbólica, en el capital mágico, inmaterial. Y en un rechazo aristocrático a la modernidad capitalista.

Según estos ideólogos, España no es nación para científicos. Aún a su pesar, Roncero nos ofrece otra entrada en la crisis española, aquella que se interroga por el modelo productivo español que, en la última década, simplemente aceleró las condiciones del “largo ciclo” del que hablan los economistas del Observatorio Metropolitano de Madrid, haciendo coincidir la crisis mundial y el agotamiento del modelo nacional. La “necesidad de cambiar el sistema productivo” es otro de los fantasmas que recorren las estepas españolas llenas de adosados y urbanizaciones y ciudades dormitorio incompletas, desde la conciencia de que existe un capital humano de científicos y técnicos, emigrados, que ponen su formación al servicio de otras empresas y países, y que sin ellos no es posible ser otra cosa que una gigantesca estación de servicios, un área de descanso situada al sur de Europa.

Desde la perspectiva de Roncero, la salida quijotesca de la crisis pasaría por asumir lo que somos: un país dedicado al ladrillo, a la especulación y al turismo, y morir siendo eso, pero vibrando, muy emocionados. El problema es que algunas de las medidas económicas efectivamente adoptadas por el gobierno actual demuestran que Roncero sólo es un síntoma de una compartida fantasía, la que estimula la urbanización de los últimos tramos de litoral virgen, los recortes masivos en investigación y universidades, la vuelta al ladrillo... Pero entre todas estas fantasías hay una particularmente inquietante y probable: la construcción de Euro-Vegas, zona franca capaz de simbolizar estrictamente las relaciones entre neoliberalismo, estado y nación en la España actual.

Roncero estaba llorando al proferir las palabras citadas.

Los internautas que *retwettearon* el video se morían de la risa.

El mito quijotesco es tragicómico.

## **La final no es el final**

Cuando llegó la gran final, la fantasía rojigualda del Madrid celebrativo se activó de improviso y, desde mi perspectiva, con éxito. Las banderas de España se mul-

tiplicaron, al cuello o a modo de pareo en las mujeres. Moda celebrativa: polos rojos o equipamiento deportivo para chicos. En las chicas, festival escarlata en tonos continuos y complementos amarillos, del tipo vestido largo bermejo con cinturón gualda, y siempre banderita pintada en las mejillas. El consumo de barra de labios se disparó entre el domingo y el lunes. Eros celebrativo: *Spanish red* en los labios era otro modo de encarnar la bandera nacional. La toma de la ciudad duró un par de días, el segundo con colapso del tráfico y con el metro repleto, a pesar de que, aprovechando la coyuntura, habían vuelto a subir las tarifas. La elegancia del partido final, donde volvió la *magia* estética de la selección, rindió finalmente a la población resistente frente al retorno quijotista de su equipo, campeones del mundo, oé. Así lo cristaliza la prensa en titulares: “*La selección española hace historia*” (Marca), “*La prensa mundial se rinde a la roja*” (Sport), “*Una exhibición para la eternidad*” (El País), “*Mito eterno*” (El Mundo). Un reportaje de primera hora ofrecido por los periodistas de *La Tuerka*, de la televisión autónoma Tele K de Vallecas, daba la medida de la penetración de la matriz quijotesca: “-¿*No se podía haber negociado el rescate con Alemania?* -*No, no porque los alemanes son superiores a nosotros en el tema de la economía, entonces mejor ganar la Euro-copa, que les jode más, porque ellos no pueden hacer nada*”.

La satisfacción ha sido efímera. Dos días después, los carteles de “casa en venta” y las banderas de España en los balcones siguen allí, recordándonos que en eso *nos* habíamos quedado. En las dos primeras semanas de julio, los telediaros han tratado insistentemente de ofrecer *remakes* de victoria, partidos de la selección sub-19 de fútbol, entrenamientos de la selección olímpica... Pero no parece que haya mucho más combustible para abastecernos de las inmensas dosis de nacionalismo unitario necesario para mantener el descontento y la indignación social bajo control, por más que *La Razón* se inventase el *patrioptimismo*.

Inmensas reservas serían necesarias, pues, como en la carta robada de Poe, el inventario de la descomposición está a la vista. Se publica en los periódicos. Mientras aumenta el número de suicidas y hay personas que se inmolan a lo bonzo, indigentes mueren devorados por manadas de perros callejeros en Mataró, y los juzgados no tienen bolígrafos pero sí listas de espera para conseguir un toner de impresora. El gobierno aprueba una amnistía fiscal para blanquear dinero negro, expresidentes de gobiernos autonómicos son imputados o condenados por malversación. Destacados miembros de los principales partidos políticos se ven envueltos en inmensas tramas de corrupción. El presidente del Consejo General del Poder Judicial tiene que dimitir porque le gusta irse de vacaciones a Marbella a cargo de lo público. El Rey ha desaparecido después de romperse la cadera cazando elefantes en Botswana, invitado por un misterioso jeque del petróleo. Un manuscrito único aparece en casa del electricista de la catedral de Santiago, además de 600.000 euros que nadie echó de menos en una catedral donde, literalmente, mueven el dinero en carretillas de obra. En esta espiral sin límite vuelven a destacar las palabras del presidente: “*Los españoles no podemos decidir. No tenemos*



*esa libertad*". De todas las mutaciones del lenguaje político del nacionalismo español, ésta resulta fascinante, pues propone como una tarea patriótica la renuncia colectiva a la soberanía nacional. Mientras el deporte funciona como una refutación económica de lo simbólico, la economía quiere presentarse como una versión incruenta de la guerra.

La experiencia avanzada en Grecia y Portugal permite afirmar que la destrucción de las clases medias y de sus sistemas públicos de derechos es el objeto, y no otro, de las políticas actuales. El resca-

te pedirá en el futuro un nuevo rescate. Se produce, en el espacio socioeconómico, el mismo efecto de desertización que la península sufre en lo ecológico, tras años de incendios y gestión no sostenible. Como resultado de nuestro *crematorio*, desde esa espiral autodestructiva en la que se consume el manto social, emerge lentamente la roca dura, desértica, del siglo XX, con su historia de violencia de estado y orden público.

El jueves 12 de julio, apenas una semana después del desfile de la selección victoriosa, una marcha distinta tuvo lugar en Madrid, sin patrocinio de bancos, gobiernos o empresas, sin autobuses descapotables ni líderes políticos. Las fuerzas de seguridad no les protegían: estaban frente a ellos. Tampoco había iguales multitudes para recibirles como héroes. Ni adornos luminosos: las autoridades apagaron todas las luces del centro de Madrid. A la Puerta de Sol llegaba una marcha de mineros. Llevan varios meses en huelga tras conocerse que iban a desaparecer las ayudas que recibe el sector, significando la desaparición de los modos de vida de sus valles, y del futuro de su comunidad. Realizaban esta marcha a pie desde las cuencas hasta la capital. Cuando entraron en Sol, todo estaba a oscuras, pero veían con las lámparas de carburo de sus cascos y, como dijo con una imagen un fotógrafo, ellos parecían luciérnagas.

**Germán Labrador Méndez** es profesor de Estudios Culturales Españoles de la Universidad de Princeton

[Una versión extensa de este artículo se publicará en nuestra web]